

Prólogo

Nuestra América se expresará plenamente en formas modernas cuando haya entre nosotros densidad de cultura moderna. Y cuando hayamos acertado a conservar la memoria de los esfuerzos del pasado, dándole solidez a la tradición.

Pedro Henríquez Ureña. La utopía de América. 1925

Durante el año 2016, un grupo de académicos y estudiantes de posgrado, de diversas universidades del país, se congregaron para dialogar acerca del estado de la investigación sobre literatura y cultura del siglo XIX chileno y latinoamericano, elaborando un balance de sus avances, límites, problemas y proyecciones en el ámbito local. Las reuniones dieron paso a la realización, ese mismo año, del *Primer Workshop Internacional de Literatura Chilena del Siglo XIX*, patrocinado por la colaboración entre la Pontificia Universidad Católica de Chile y la Universidad Alberto Hurtado. Este encuentro contribuyó en la conformación de la *Red de Lecturas y Escrituras sobre el Siglo XIX* (Red LEXIX), instancia que se planteó como objetivo promover la discusión de ideas —en un formato de taller— con académicas y académicos nacionales e internacionales, a fin de fortalecer el intercambio respecto a los modos de investigar y leer el Siglo XIX latinoamericano, y profundizar el diálogo académico entre Chile, América Latina y Estados Unidos.

A 6 años de esta reunión inaugural, como Red LEXIX se han coordinado 6 workshops internacionales, sumándose además una serie de seminarios, conferencias magistrales y paneles en los que han participado más de 30 académicos e investigadores nacionales y extranjeros. Este trabajo ha permitido vigorizar el campo específico de los estudios literarios sobre el siglo XIX en Chile, hasta cierto punto afectada por una atomización que —salvo excepciones como la Sección Siglo XIX de LASA, creada en 2015— no tenía mayores instancias de integración. Los encuentros sostenidos permitieron avanzar en perspectivas de trabajo interdisciplinarias, que oscilan entre los estudios literarios y metodologías provenientes de la historia intelectual, historia de las ideas, estudios poscoloniales, estudios de la prensa o historia de las mujeres, entre otras, potenciando el quehacer colectivo en este campo de investigación, que enfrenta los desafíos actuales con el respaldo de una sólida red de colaboración.

El libro que el lector tiene en sus manos surge precisamente del trabajo colaborativo sostenido en el marco de las discusiones que la Red LEXIX ha propiciado a lo largo de estos años. *Cultura letrada del Siglo XIX en Chile y Latinoamérica: problemas y tendencias actuales* reúne 9 ensayos, en los que se aborda la producción literaria, cultural e intelectual del largo siglo XIX, desde diversos marcos teórico-metodológicos. El objetivo de la obra es proponer una lectura amplia respecto de este momento histórico fundacional y fundamental de nuestra historiografía literaria, cultural, política e intelectual, abordando variadas temáticas y autorías, desde enfoques que privilegian el trabajo interdisciplinar y las perspectivas transnacionales. En esta línea, los ensayos se interrogan acerca de los modos en que los letrados del periodo fueron capaces de realizar múltiples actividades intelectuales y literarias, tanto a nivel nacional como en los circuitos internacionales de sociabilidad por los cuales se desplazaron.

Desde la lectura del título, resulta necesario destacar que los textos centran su abordaje desde la noción de *cultura letrada*, haciéndose parte del eje conceptual que articuló un importante giro interdisciplinar en los estudios literarios decimonónicos desde la década de 1980, al superar perspectivas positivistas y estructuralistas en que las condiciones de producción y enunciación carecían de

interés. En este sentido, y a manera de breve síntesis, se asume hoy, de manera más bien generalizada, que durante el siglo XIX la letra, la imprenta, el soporte material y la técnica constituyeron elementos fundamentales, sobre los que se erigió todo un sistema intelectual que repercutió en los modos de producir la escritura y comprender la lectura, distanciándose del periodo colonial (Zanetti, 2002; Poblete, 2018). La imprenta fue valorada como un agente de cambio, que permitió plasmar y difundir en la opinión pública las innovadoras concepciones generadas en el escenario poscolonial, como parte de un programa republicano que fue transversal a los sectores liberales y conservadores (Sábato, 2021), expresándose en una organización simbólica del quehacer intelectual, puesto que en “las sociedades recién emancipadas escribir era una práctica racionalizadora, autorizada por el proyecto de consolidación estatal” (Ramos, 2003, p. 90).

En esta línea, la figura del *letrado* —en el centro de las discusiones teórico-literarias de los últimos 40 años en América Latina, desde el seminal trabajo *La ciudad letrada* (1984) de Ángel Rama— ha sido comprendida como parte de una élite principalmente criolla, que operó sobre la sociedad y la cultura latinoamericanas de forma autónoma o asociada a la Iglesia o las instituciones estatales en el periodo poscolonial, y que reguló las prácticas discursivas, representacionales y los límites de lo decible.

La mayoría de estos letrados fueron polígrafos, por lo que escribieron narraciones y obras líricas a la par que ensayos políticos, artículos de prensa o tratados disciplinares, como lo demuestra el legado de Andrés Bello (1781-1865), José Victorino Lastarria (1817-1888), Juana Manuela Gorriti (1818-1892), Bartolomé Mitre (1821-1906), Eugenio María de Hostos (1830-1903), por mencionar unos pocos nombres emblemáticos. Además, como destacó el mismo Rama, la gran mayoría de los letrados decimonónicos participó en la organización política de los Estados nacionales y su escritura dio cuenta de esta cuestión. Complementario a Rama, Doris Sommer nos habla de escritores/estadistas en la América Latina del siglo XIX, para quienes no existía una clara distinción epistemológica “entre el arte y la ciencia, la narrativa y los hechos, y, en consecuencia, entre las proyecciones ideales y los proyectos reales” (2004, p.

24). De ahí que, durante gran parte del siglo XIX latinoamericano, los géneros ficcionales estuvieran abocados al proyecto político de generar una identidad y una comunidad nacionales, deslindadas del orden colonial a través del poder de la palabra y del denominado capitalismo impreso (Anderson, 2007), en el cual la novela, por ejemplo, tuvo entre sus funciones principales la de fundar una idea de nación y promovió el nacionalismo en términos culturales (Sommer, 2004).

Fueron los intelectuales asociados a ideas liberales quienes encabezaron este momento inicial de descolonización mental, en el que la ficción ejerció un rol protagónico en sus variadas vertientes neoclásicas, románticas y realistas. Esta es una periodización literaria que, sin embargo, tiene sus propias dinámicas y tensiones en América Latina que no son equiparables a sus símiles europeos, considerado por mucho tiempo como los modelos imitados por los americanos, pues la literatura en nuestra región poseía un objetivo ideológico primordial: crear comunidades nacionales, asociados a un Estado, en el que recientemente no existían. Por esta razón, frente a las denominaciones como *romanticismo* o *realismo*, Beatriz González-Stephan (2002) prefirió hablar de la *historiografía del liberalismo hispanoamericano*, y Friedhelm Schmidt-Welle (2003) utilizó la categoría de *liberalismo sentimental* para referirse a la especificidad estilística, temática e ideológica de las obras de ficción que durante gran parte del siglo XIX latinoamericano estuvieron fuertemente ligadas a agendas político-estatales.

Por otra parte, la era republicana supuso una confianza excesiva en la cultura letrada e impresa, en tanto expresión de civilización y modernidad, bajo el prisma ilustrado y occidentalizante que las élites culturales impusieron en un comienzo para América Latina (González-Stephan, 2002). En este sentido, la escritura fue un vehículo de territorialización de la nación y de las corporalidades que constituían una emergente ciudadanía no homogénea, sino que conflictiva y móvil, respecto de la cual pesaron exclusiones de etnia, clase y género, expresadas en los espacios de sociabilidad literaria en formación (Arcos y Kottow, 2018, p. 378), junto con una serie de guerras entre países y luchas intestinas que acompañaron la accidentada formación de los Estados nacionales (Centeno, 2002).

En este escenario, es menester preciar que el concepto de literatura no solo se utilizaba para clasificar a las obras de ficción o imaginación —como se emplearía en los estudios literarios desde fines del siglo XIX hasta la actualidad—, sino que correspondía a toda expresión escrita y “actividad letrada que tuviese un fin edificante, que apuntara a transformar los residuos de la mentalidad colonial en virtudes cívicas y en una nueva conciencia nacional” (Subercaseaux, 2018, p. 20). Al considerar esta perspectiva conceptual de la época, se observa que la categoría contemporánea de literatura —manejada sostenidamente desde el siglo XX en la crítica especializada— pierde eficacia analítica para interpretar al siglo XIX latinoamericano, ya que lo literario estaba indisolublemente ligado a lo histórico y político, en el cual las fronteras disciplinares aún no se establecían con claridad ni en Europa ni en América (Jablonka 2016; White, 2018).

Cabe destacar que la acción letrada marginó, en principio, la voz de indígenas, afrodescendientes, mujeres e incluso mestizos de la arena política y de la esfera intelectual, pues no representaban el modelo de modernidad urbana y occidentalizante, que se deseaba instaurar en la región (Myers, 2008; Bradford Burns, 1990). Sin embargo, no por ello estos sectores subalternados carecieron de prácticas culturales y circuitos impresos significativos, como bien ha sido estudiado en relación con la literatura gauchesca (Ludmer, 2020), la literatura de cordel (Peregrino, 1984), la Lira Popular (Orellana, 2005) y la escritura de mujeres (Masiello, 1997). De igual forma, no todos los intelectuales decimonónicos fueron agentes de una virilidad letrada vinculada con el Estado (González-Stephan, 1998): figuras como Juan Francisco Manzano (1797-1856), Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), Francisco Bilbao (1823-1865), Rosa Aráneda (circa 1850-1894) o Clorinda Matto de Turner (1852-1909), son solo algunos nombres insignes que rompen con este esquema interpretativo dominante. Además, si bien la noción de *letrado* alude a una élite que dominó el mercado cultural y monopolizó por largo tiempo el poder político, en el siglo XIX no solo se expresaron con fuerza los grupos hegemónicos, ya sea desde cargos estatales o eclesiásticos, sino que también se aprecia la aparición de intelectuales plebeyos como Ramón Pacheco (1845-1880) o las lectorías populares examinadas por Miguel Luis Amunátegui

(1828-1888), que muestran las variadas dinámicas socioculturales que se estaban gestando, tal como se discute en sendos capítulos de este libro.

Junto a esto, es importante destacar aquí que los letrados conformaron redes intelectuales y de amistad a lo largo del siglo XIX, que fueron cruciales a la hora de propiciar una cultura impresa que no se redujo a las fronteras nacionales, como suelen estudiarse a veces las producciones intelectuales decimonónicas desde un nacionalismo metodológico. Así, por ejemplo, los viajes desde inicios de la centuria ritmaron las prácticas escriturales y culturales, porque pusieron en contacto personal e intelectual a letrados de diversas latitudes de América y Europa (Colombi, 2004). De igual forma, los exilios marcaron la cultura latinoamericana del periodo, pues el estado de reflexión que provocó esta experiencia política en los intelectuales desterrados contribuyó a que redefinieran sus concepciones acerca del Estado y lo nacional, tanto en sus países de pertenencia como en los que se integraron (Blumenthal, 2019 pp. 18-19). Las experiencias de viaje y exilio produjeron, de esta forma, un conocimiento transnacional más amplio respecto de lo propio y lo ajeno, al contrastar las diferentes sociedades visitadas o el nuevo territorio de residencia, para el caso de los exiliados. Lo anterior se tradujo en tensiones y contradicciones entre los que buscaban imitar al mundo eurooccidental y los defensores de la originalidad local como un horizonte cultural deseable, es decir, entre aquellos intelectuales eurocentrados y quienes reivindicaron la formación de una cultura descolonizada y diferencial de Occidente, como expusieron con lucidez Francisco Bilbao o José Martí en sus respectivas obras.

Finalmente, es necesario considerar que en el último tercio del siglo XIX se comienza a originar una relativa autonomía del campo literario, respecto del campo político y de poder, emergiendo nuevos agentes sociales, lectores y sensibilidades estético-culturales que modificaron el sistema literario, y crearon una importante transformación en nuestra historia intelectual y literaria (Montaldo, 1994; Catalán, 1985). Este momento cultural será dirigido por el modernismo, que promovió una renovación de las concepciones estéticas, en que la preocupación por la escritura literaria fue fundamental, sin excluir el ámbito de lo político-ideológico, en tanto la mayoría de los modernistas continuaron siendo intelectuales comprometidos

con su tiempo, como José Martí (1853-1895), Rubén Darío (1867-1916) o José Enrique Rodó (1871-1917). Sin duda que el modernismo representó la expresión más acabada y vigorosa de la madurez literaria, que alcanzó el subcontinente desde su independencia política a comienzos del siglo XIX, del alero de la modernización de los mercados editoriales, la profesionalización de los escritores y una masificación incipiente de la cultura en Latinoamérica (Ramos, 2003). Sin embargo, no será solo en el plano estrictamente poético-ficcional en el cual los modernistas adquirirán renombre, sino que también la escritura de crónicas en la prensa alcanzaría un impacto mayor, puesto que este género periodístico lo emplearán como un espacio textual, en el que mezclarán lo literario y lo ensayístico con la actualidad política-cultural latinoamericana y mundial, que les dará la oportunidad de abarcar públicos lectores amplios y de variadas regiones de América y de Europa, España y Francia principalmente (Rotker, 2006). Es el modernismo con que cierra el siglo XIX latinoamericano, proyectándose como un movimiento literario cosmopolita, en que lo americano se tratará de pensar en un escenario mundial marcado por la emergencia de nuevas sensibilidades estéticas y experiencias sociales, que forman parte de un mercado mundial de la cultura progresivamente unificada por el impulso de la expansión global del capitalismo (Siskind, 2016).

La breve exposición sumaria de estos antecedentes teóricos servirá de marco para la presentación de los textos que componen este libro, organizado en torno a tres ejes temáticos. El primero de ellos, *Autorías y lectorías emergentes*, aborda la diversificación de agentes y de públicos que fueron modificando el quehacer escritural del momento; tres textos componen esta sección.

En el primer capítulo, “Formación de una sociedad lectora en el siglo XIX: el diagnóstico de los hermanos Amunátegui en 1856”, Juan Poblete examina el proceso de creación de un mercado lector entre sectores populares y las mujeres en Chile, desde la óptica letrada que buscaba una ampliación de los lectores y un fortalecimiento de la actividad editorial. Poblete analiza específicamente el trabajo de Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, quienes se interrogan sobre qué se lee y cómo se lee en Chile, con el propósito de configurar un público

nacional que sea capaz de apropiarse y expandir el concepto de ciudadanía promovida por las instituciones del Estado. El autor muestra que los intelectuales decimonónicos, durante la segunda mitad del siglo —a diferencia de lo que comúnmente se piensa—, sí reflexionaron acerca de la masificación de la lectura y la difusión de los libros para sectores subalternizados, como indios, pobres y mujeres, tanto para su formación intelectual como para el disfrute de esta actividad, promoviendo de paso la conformación de una subjetividad nacional-ciudadana.

El trabajo de Claudio Véliz y Eduardo Aguayo, “Ramón Pacheco (1845-1888) y las novelas de la guerra del Pacífico. Trayectoria, campo y circulación de un hijo del pueblo”, analiza a continuación la irrupción de un intelectual plebeyo, Pacheco, que logra insertarse con un éxito relativo en el mercado literario y en el espacio público chileno del último tercio del siglo XIX. Los autores plantean que si bien estamos habituados a reconocer y estudiar a los intelectuales provenientes en su mayoría de la oligarquía, son aún escasas las investigaciones que aborden la participación de letrados provenientes de la emergente mesocracia o de los sectores populares. Ramón Pacheco es un caso paradigmático en este sentido, pues —como examinan Véliz y Aguayo— durante la guerra del Pacífico este autor se convirtió en un agente crucial del campo literario chileno al elaborar una serie de novelas respecto de este acontecimiento bélico, cuyo consumo masivo amplió el mercado lector hacia sectores excluidos de los circuitos letrados tradicionales.

Cierra esta sección el ensayo de Alejandra Bottinelli, “El cuerpo del artista en el espejo de la mujer: ansiedades modernistas en el fin de siglo chileno (1895-1905)”, en el que se problematiza el repertorio de metáforas empleadas para representar el cuerpo femenino por los escritores de la época. En este sentido, Bottinelli propone que en el fin de siglo chileno surgiría una *ilusión tecnorromántica*, que abrió paso a una serie de operaciones discursivas y representacionales en torno a lo femenino, a través del cual los artistas se crean a sí mismos de forma especular. La autora plantea que las imágenes literarias de las mujeres, en el periodo finisecular, están determinadas por una voluntad artística dionisiaca y libertaria que los sujetos masculinos no podían cumplir, proyectando, en consecuencia, sobre las corporalidades femeninas sus miedos y ansiedades.

El segundo eje, *La prensa como artefacto literario*, reflexiona acerca del impacto de los nuevos géneros discursivos y la prensa en la formación del campo intelectual chileno y latinoamericano, tanto en su calidad de dispositivos culturales como en su condición de soportes textuales; tres capítulos también estructuran este apartado.

En el primero, “Entre correspondencias fingidas y apetencias lectoras. La prensa periódica como artefacto de mediación en los inicios del siglo XIX”, Hernán Pas estudia las características generales del periódico como artefacto cultural, que produjo un cambio significativo en la cultura impresa decimonónica latinoamericana, en la medida en que ayudó a construir la esfera pública local gracias a su capacidad para conectarse con el mundo, mediante la elaboración y difusión de noticias de la región, y de diversos rincones del planeta. En este escenario, Pas se detiene en el análisis de la función que cumplieron las cartas en la prensa, al introducir en el espacio público lo íntimo y privado. Esta particularidad del género epistolar en los periódicos contribuyó, según el autor, en la formación de nuevos lectores que se comenzaron a interesar por las polémicas, que se generaron alrededor de las cartas insertas en la prensa. Para Pas, lo destacable de esta innovadora forma de difundir misivas, más allá de las pautas editoriales que las orientaban, fue que fomentaron, asimismo, una pedagogía de la lectura para sectores que no estaban familiarizados con la cultura impresa de los libros, y que encontraron en los diarios y periódicos un espacio en el que sus subjetividades se sentían incorporadas.

A continuación, Eduardo Barraza en su capítulo, “La novela-folletín en Chile durante el siglo XIX: recepciones y usos”, aborda las relaciones entre la novela y el folletín en Chile, tanto desde el punto de vista teórico como de sus diferentes recepciones críticas. Para el autor, el folletín fue un género considerado en su época como de carácter popular y menos prestigioso que la novela, por sus temáticas sentimentales que no formaban parte, supuestamente, de los intereses de la élite letrada. Sin embargo, Barraza muestra que al analizar con detención la producción decimonónica, se observa que el uso de los conceptos de *novela* y *folletín* no estaban claramente empleadas por los propios autores, quienes

preferían el término novela a causa de la minusvaloración del folletín, pero que no se relacionaba con una evaluación teórica del género. Barraza plantea que esa misma minusvaloración es la que los críticos literarios han reproducido para construir el canon y que han descuidado el estudio del folletín, que, durante el siglo XIX, tuvo un papel esencial en la conformación de nuevos públicos lectores y en la creación de un campo literario nacional.

Por su parte, Marina Alvarado en su capítulo, “La crónica roja como antecedente para la conformación del campo literario chileno (1884-1891)”, estudia el surgimiento y desarrollo de la crónica roja nacional como un género discursivo, que contribuyó a consolidar la autonomía del campo literario finisecular, articulando lo literario y lo periodístico. Este género narraba principalmente hechos de sangre en un formato que lindaba con lo literario, en el que los sectores marginales eran protagonistas de la historia, al convertir en un espectáculo noticioso una serie de problemas sociales que estaban detrás de las acciones criminales: alcoholismo, prostitución, pobreza, falta de educación, entre otras causas. De todos modos, la crónica roja funcionaba, según la autora, como un dispositivo textual aliado al orden estatal y elitista que perseguía disciplinar y moralizar a la sociedad y, sobre todo, a los sectores populares. Además, Alvarado propone que este tipo de crónicas fueron capaces de generar un público femenino popular, que no había sido incorporado en el circuito literario de las novelas y folletines al que accedían las mujeres de las incipientes burguesías nacionales latinoamericanas.

Por último, el tercer eje del libro, titulado *Guerra y representación*, se centra en problematizar las formas y límites de lo representable en el marco de los conflictos bélicos y sociales que hubo a lo largo del siglo XIX. En esta última sección se incluyen los capítulos de Álvaro Kaempfer, Elisabel Larriba y Javier Uriarte.

En su texto “El retorno del oprimido: ‘la pasión y el interés de los agentes secundarios’”, Álvaro Kaempfer explora la relación entre historia y ficción en dos obras del cambio de siglo: *La gran semana de 1810: Crónica de la revolución de Mayo* (1896), de Vicente Fidel López, y *1810: Memorias de un voluntario de la Patria Vieja* (1905), de Luis Orrego Luco. De acuerdo con el autor, ambos textos representan

las independencias americanas mediante un ejercicio de memoria histórica, que recupera las supuestas voces de actores secundarios, expresando un contrapunto con las versiones oficiales respecto de la emancipación. En dicho sentido, Kaempfer se plantea dos interrogantes: ¿de qué forma los actores secundarios presentes en las novelas históricas contribuyen a relativizar el discurso oficial acerca de la emancipación? ¿Hasta qué punto era posible confiar exclusivamente en las fuentes protagónicas para construir un relato sobre las historias nacionales? El ensayo examina, de este modo, las relaciones entre el discurso histórico oficial y las posibilidades que concede la ficción para desestabilizar los relatos elitistas y heroicos, que se han impuesto en la historiografía política decimonónica.

El ensayo de Elisabel Larriba, “La cuestión americana en la prensa española del Trienio liberal (1820-1823): la visión de *El Telégrafo mexicano* (1821) y *El Monitor Ultramarino* (1822)”, realiza un interesante análisis de fuentes concerniente a las formas en que la prensa hispana imaginó y representó a sus excolonias del Nuevo Mundo, con el objetivo de defender y comprender, desde una mirada liberal, los movimientos emancipatorios hispanoamericanos. Larriba plantea que fue durante la década de 1820 cuando surgió un americanismo hispano, preocupado por dar cuenta a la opinión pública peninsular de lo que realmente acontecía en América, frente a la falta de transparencia en la información que el gobierno proporcionaba acerca de las independencias americanas. Los medios de prensa abordados por Larriba expresaron, en este sentido, voces atípicas de intelectuales españoles, muchos de los cuales habían estado en América, en un periodo en el cual el discurso periodístico hegemónico de España procuraba salvaguardar los intereses imperiales, promoviendo un embrionario nacionalismo hispano que resentía la pérdida de los extensos territorios de América.

Cierra nuestro libro el trabajo de Javier Uriarte, “De desiertos y guerras: para una reconsideración de la imaginación espacial latinoamericana en el siglo XIX”, en el que se explora cómo son descritas las guerras latinoamericanas, de la antepasada centuria, en los relatos de viajes de autores que presenciaron tales acontecimientos bélicos. Uriarte señala que la mayoría de los textos abordados textualizan a la guerra como una lucha sobre un desierto, en tanto vacío y

barbarie; un espacio que necesita ser civilizado por los Estados nacionales, en su propósito de expandir sus fronteras internas por encima de las comunidades indígenas y los sectores populares, en el marco de un proceso de modernización nacional. Uriarte propone leer la intersección entre *guerra* y *viaje* para examinar las estrategias retóricas y discursivas, que los viajeros emplearon para escenificar y evaluar los territorios signados por la violencia. El autor —siguiendo a Fredric Jameson— señala que la guerra se transforma en un evento irrepresentable, pues el lenguaje no puede narrar su horror sin caer en una crisis epistémica y representacional, ya que decir la *guerra* siempre está mediado por un discurso que no basta para transmitir la complejidad de la violencia, como no sea a través de silencios, elisiones y desertificaciones.

En síntesis, *Cultura letrada del Siglo XIX en Chile y Latinoamérica: problemas y tendencias actuales* ofrece, tanto a lectores expertos como a no especialistas, múltiples entradas analítico-interpretativas para abordar una heterogénea constelación de temas y problemas respecto del siglo XIX chileno y latinoamericano desde una mirada rigurosa y actual.

Marcelo Sanhueza

Universidad de Chile¹

1 Este prólogo forma parte de mi proyecto FONDECYT Postdoctoral N°3210608, en curso, financiado por la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo (ANID).